PRÓLOGO.

DESDE HACE YA ALGÚN TIEMPO EL HECHO FESTIVO HA SIDO OBJETO DE UNA CRECIENTE ATENCIÓN POR PARTE DE LOS investigadores, siendo abundantes las publicaciones dedicadas a resaltar sus valores y su protagonismo durante el Antiguo Régimen. Gestada durante el siglo xv, la fiesta moderna fue un medio elocuente y persuasivo del poder, un útil recurso para hacer visibles, aunque fuera temporalmente, conceptos y principios reguladores de la sociedad estamental. De hecho, la fiesta fue una de las realidades históricas donde confluyeron con mayor claridad todas las dimensiones de la cultura. El conjunto de actividades efímeras que integraron las celebraciones festivas dio lugar a un arte exquisito y deslumbrante, creador de un espacio y un tiempo distintos de los reales, en los que todo resultaba maravilloso y fascinante. El momento culminante de la fiesta coincidió con el periodo barroco, cuando los grandes aparatos efímeros y las ingeniosas escenografías de fuerte contenido alegórico se adueñaron del espacio urbano, creando portentosos espectáculos públicos que, además de servir de regocijo y de evasión pasajera, eran manifestación de las estrictas reglas protocolarias que articulaban la vida y la sociedad de la época. La fiesta fue un eficaz y complejo instrumento de propaganda que benefició a la Iglesia, al Estado y especialmente a la Monarquía, cuando el rey y la familia real eran el motivo y el centro de la celebración. Todo ello se pone de manifiesto en la monografía a la que estas líneas prologan, elaborada con su habitual magisterio por el catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Málaga José Miguel Morales Folguera.

Está centrada en las fiestas que se celebraron en diferentes ciudades de los virreinatos de Nápoles y Sicilia en relación con Felipe V, primer monarca español de la dinastía Borbón. Sobre algunos casos concretos existían ya estudios que aportaban estampas de los festejos, si bien no habían profundizado en el tema ni se habían planteado los análisis con carácter global, como se ha realizado en el caso presente. De hecho se hace un minucioso recorrido desde las celebraciones que tuvieron lugar por la proclamación del soberano en 1701 hasta llegar a las exequias que se organizaron por su fallecimiento en 1746, haciendo alusión al periodo de gobierno de dichos territorios por el aspirante al trono español, el archiduque Carlos, y sus aliados, que impidieron cualquier festejo en honor del rey Borbón. También analiza el triunfal viaje de Felipe V a Nápoles, así como estudia los festejos coincidentes con su onomástica y los celebrados con motivo del nacimiento de sus descendientes, o a consecuencia de triunfos militares durante el desarrollo de la Guerra de Sucesión. Tales demostraciones públicas se enriquecen además con comentarios a los distintos proyectos que en diversas ciudades italianas se elaboraron a fin de erigir un monumento al rey, que

pone en relación con la propuesta, nunca materializada, de levantarle en Madrid uno de carácter ecuestre por iniciativa de su hijo, Carlos III.

Tal conjunto de temas aparecen organizados en seis capítulos, precedidos por una introducción y una referencia a los distintos repositorios documentales en los que ha desarrollado su investigación. Al respecto cabe destacar la variedad e importancia de los museos, bibliotecas y archivos consultados y la riqueza en información de los documentos custodiados en estos, que constituyen la firme apoyatura del trabajo realizado por Morales Folguera. A ello hay que agregar el amplio y variado repertorio de estampas que ilustran dicha información textual y que junto con fotografías realizadas por el propio autor, además de otras facilitadas por museos, colecciones y archivos, constituyen el rico y cuidado aparato gráfico que enriquece esta importante monografía.

El texto comienza con una referencia a la estrecha relación existente entre las fiestas y las transformaciones urbanas y edilicias que estas originan, centrándose en el análisis de sus repercusiones en las ciudades de Nápoles y Palermo y en la decisiva actuación en tales procesos de los más cualificados artistas, especialmente arquitectos, de la primera mitad del Setecientos. También alude a los itinerarios que seguían en ambas ciudades las grandes cabalgatas portando el estandarte real con ocasión de la proclamación de los monarcas, recorridos que estaban en relación con las sedes de las principales instituciones del gobierno civil y religioso, que eran convenientemente engalanadas, mostrando el retrato del monarca. Los textos de las diversas relaciones que con ese motivo se compusieron le sirven a Morales Folguera para describir los festejos de Nápoles y Palermo, promovidos por los respectivos virreyes, así como los que tuvieron por escenario las ciudades de Mesina, en las que intervino Filippo Juvarra, Catania y Caltagirone. En todos ellos tuvieron especial protagonismo, además de las arquitecturas efímeras, las alegorías, los emblemas y jeroglíficos.

Sobre el viaje a Italia indica que estuvo causado por las hostilidades del ejército austriaco sobre las posesiones españolas. Al respecto señala que antes de trasladarse a suelo italiano el rey pasó por Zaragoza, en donde juró los fueros de la Corona de Aragón, y por Barcelona, ciudad que lo recibió con grandes demostraciones de júbilo y en la que juró sus privilegios. Comenta el embarque en su puerto rumbo a Nápoles, ciudad en la que, tras unos días de estancia, realizó una triunfal entrada, siguiendo la tradición de los ingresos de Alfonso V y el emperador Carlos V, que es analizada con detenimiento. Menos atención, por falta de información precisa, se dedica a los recibimientos en otras ciudades italianas, aunque se detiene en describir el de Milán, indicando que en ningún caso se alcanzó el boato y la magnificencia napolitanas. También comenta como posteriores triunfos militares, caso de las batallas de Brihuega y Villaviciosa, sirvieron para que las ciudades italianas de Palermo y Mesina organizasen festejos en los que se recurrió a arcos y

decoraciones efímeras, a pinturas y tapices, con temas mitológicos y militares, con empresas y alegorías que ensalzaban las glorias locales, las de los territorios hispanos y las virtudes del monarca.

Después de analizar los monumentos erigidos en honor de Felipe V en ciudades como Palermo y Nápoles, Morales Folguera concluye su texto con el estudio de las exequias fúnebres que en honor del monarca se celebraron en esas dos ciudades y en Mesina, que contaron con el patrocinio de su hijo Carlos de Borbón, quien en aquel momento era rey de Nápoles y de Sicilia. En la capital partenopea tuvieron lugar, como de costumbre, en la iglesia de San Lorenzo, en donde se erigió un poderoso túmulo y se dispusieron unas decoraciones que describían las virtudes, gestas y hechos memorables del monarca. Respecto a las de Palermo indica que fueron dos las ceremonias de honras celebradas, destacando la segunda, cuya arquitectura diseñó Nicolo Palma, siguiendo para el adorno de los muros modelos de fiestas precedentes, mientras en el túmulo sospecha que se recurrió al trazado por Sachetti para las exequias de Felipe V, en el monasterio de la Encarnación de Madrid. Finalmente analiza las honras celebradas en la catedral de Mesina, cuyo túmulo contó con la participación de un destacado grupo de artistas.

Un amplio repertorio de fuentes coetáneas a los festejos más la correspondiente bibliografía ponen fin al libro que con gran pulcritud y corrección ha elaborado Morales Folguera. Se trata de un trabajo concienzudo, planteado con rigor y desarrollado con gran acierto, que ofrece una visión amplia y clarificadora de un variado conjunto de fiestas italianas en honor del rey Felipe V de España. Como se desprende de las páginas del libro, esas celebraciones, expresiones elocuentes del pensamiento y el sentir barrocos, recurrieron al artificio y a la confluencia de todas las artes para expresar y ensalzar el poder de la monarquía hispana y el orden establecido. Por tan relevante trabajo es obligado felicitar a José Miguel Morales Folguera, así como al Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, porque al publicarlo lo pone al alcance de los estudiosos e interesados en el tema.

Alfredo J. Morales
Universidad de Sevilla

ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS UTILIZADOS.

Archivo Histórico Diocesano de Palermo

Archivo y Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid

Archivo Museo de San Martino, Napoli

Biblioteca Centrale della Regione Siciliana A. Bombace, Palermo

Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada

Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Málaga

Biblioteca de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Sevilla

Biblioteca Nacional de Chile

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nazionale di Napoli

Biblioteca Regionale Universitaria di Catania

Biblioteca Regionale Universitaria di Messina Giacomo Longo

Biblioteca de la Universidad de Illinois Urbana-Champaign, EE UU

Buccleuch Collection, Bowhill House, Reino Unido de la Gran Bretaña

Fundación Casa Ducal de Medinaceli, Sevilla

Galería Cesare Lampronti, Roma

Ministerio de Asuntos Exteriores de España, Archivo

Museo Nacional del Prado, Madrid

Palacio Real de Aranjuez

Palacio Real de Madrid, Biblioteca

Palazzo Reale di Napoli

Patrimonio Nacional de España

The Getty Research Institute, Los Ángeles, EE UU

Introducción

Como en la mayoría de las ciudades italianas y españolas, existe una relación estrecha entre la remodelación del patrimonio arquitectónico y urbanístico de la ciudad y la organización de las actividades festivas, tanto civiles como religiosas. Las dos grandes capitales de los virreinatos de Nápoles y Sicilia llevan a cabo una profunda transformación desde el siglo xvi.

1. Plano de Palermo, 1686. (Archivo Ministerio Asuntos Exteriores, Madrid)

2. La plaza de los Quatro Canti en el siglo xviii.

Es un largo proceso, que se inicia con el viaje triunfal de Carlos V y que va a alcanzar su madurez en los siglos xvii y xviii.

La importancia y la monumentalidad que alcanzaron las celebraciones de estas fiestas se debe no solo a la implicación de las máximas autoridades de ambos virreinatos, virreyes, cabildos municipales y catedralicios, que gastaron ingentes cantidades de dinero, sino también a la intervención de los más importantes artistas del momento: Juvarra, Bibiena, Amato, etc. Y como colofón la publicación de todas las fiestas soberbiamente editadas y acompañadas con magníficas estampas, que elevan estas obras a la categoría de verdaderas obras maestras.

Las Casas Reales de Nápoles y Palermo alcanzaron en los siglos xvi y xvii un gran poder, ya que tenían sus propias ordenanzas y etiquetas. Ambas ciudades funcionaban como verdaderas cortes palaciegas y tenían las mismas funciones que la corte de Madrid. El poder de los dos virreyes era casi absoluto y lo ostentaban en nombre del rey. Los virreyes pertenecían a la más alta nobleza española y muchos eran miembros de la familia real. En realidad, los virreyes vivieron como si fueran soberanos de sus reinos. Su poder quedaría regulado y sometido con la centralización del Imperio llevado a cabo bajo la dinastía de los Borbones.

En el caso de Palermo el eje central de todas las realizaciones festivas va a tener lugar en la extensa y recta Vía del Cassaro, rebautizada como Vía Toledo, con su comienzo en la Porta Nuova y su finalización en la Porta Felice con el fastuoso epicentro en la plaza de los Quatro Canti, construida en la época del marqués de Villena. Esta gran vía une los centros representativos más importantes de la ciudad: el Palacio Real, la Catedral, el Senado, el Palacio de la Inquisición y el puerto. La mayoría de las celebraciones comienzan o bien en la catedral o bien en el Palacio Real y se dirigen hasta el puerto para volver al lugar donde habían comenzado. Durante el virreinato del duque de Maqueda se va a trazar una vía perpendicular que va a dar a la ciudad su característica configuración en forma de cruz.

La conversión de Palermo en corte principesca se debe en gran medida al duque de Maqueda, quien en 1599, continuando lo iniciado por Marco Antonio Colonna, lleva a cabo la reforma del Palacio Real e incorpora la Capilla Real a los nuevos cortiles de la Fontana y de Maqueda. Esta reforma